

Mi sueño ilustrado

Luis Alberto Henríquez

Licenciado en Filología Hispánica.

Miembro del Instituto E. Mounier.

De pequeño (sobre una edad cuya exacta cifra no alcanzo porque el tiempo que sustrae a la memoria ha diluido en su estela las cifras y los datos) gustaba de sumergirme en la nebulosa de los libros, esto es, en el misterio todavía por entonces insondable de los libros. Así pretendía alejarme yo, conjeturo desde la actual distancia, de las conversaciones y cosas y preocupaciones y tutelas de los mayores, completando de paso con mis breves retiros la ausencia de otros niños; transitoria ausencia, bien es verdad, dado que yo nunca fui niño exclusivamente solitario: me gustaba la soledad, cazar moscas, jugar con las hormigas..., pero también me gustaba jugar con otros niños, y por ellos y por los juegos muchas veces no comía.

Así que, en aquellos momentos que fueron de soledad y ausencia de otros niños, me dio por sobrecogerme ante los libros, hacia unos que parecían como dormidos en un cuarto pequeño, que era un cuarto de estudio siempre a oscuras cuando yo lo visitaba. Siempre a oscuras, porque siempre a oscuras era cuando yo me lanzaba a soltarle sus mínimas alas a mi incipiente curiosidad. Y, así, de la curiosidad pasaba a la fantasía, en germen aquella fantasía niña, transitaba de la oscuridad a la fantasía, como en un vuelo iniciático y muy quebradizo de pajarito...

Eran grandes los libros aquellos, de porte que me pareció seguramente severo y de inquietante presencia, muda y exacta, encuadernados y con llamativas inscripciones en sus lomos. Y estaban colocados en un orden que a mí, cosas de niño quizá, siempre me pareció el mismo orden inmutado (tiempo después supe que aquellos libros eran bastante usados). Por ello tuve en aquellas visitas clandestinas y, según pensaba yo, visitas que debían ser prohibidas por los mayores, tuve creo recordar una gran delicadeza de tímido, o de yo no sé qué, delicadeza y cuidado con los libros. Por lo dicho, cuando los abría y hojeaba, sorprendido, maravillado o asustado ante sus textos incomprendidos y sus gráficos, láminas y dibujos y su misterio todo, y ante el vértigo tremendo que me producía lo prohibido, procuraba por nada del mundo olvidar el sitio exacto en que cada uno de aquellos aparecía inicialmente colocado. Primero los palpaba detenidamente, sintiendo tal vez, quién sabe, la concentrada gravedad de aquellos bloques blandos de saber y de ciencia; eso sí, temeroso siempre de despertarlos con mi desorden del profundo sueño en el que las resoluciones de los mayores parecían tenerlos olvidados. Luego, vencido por la curiosidad, lograba mantener fijos mis ojos sobre el título de alguno de aquellos, sin comprenderlo aún enton-

ces, como fue natural, pero quién sabe si no familiarizándome para después (ahora) con su misterio...

No los comprendía entonces, verdad; pero qué más da para ahora cómo fue, lo bueno es que los libros han crecido. Además ignoro las impresiones más calladas y profundas (esas son parte de la intrahistoria) que pudo suscitar en mí el descubrimiento de mi dormido paraíso de la infancia; o qué sentí con la lectura apresurada por torpe y lenta y por infantil, de un gran libro de aquellos por vez primera; o por qué causa

oculta fueron mis miedos (ya he dicho que yo era tímido, pero ¿yo era tímido?) a que los mayores me descubrieran leyendo sus libros... Pero lo que sí he tenido, creo, ocasión de confirmar porque justamente me lo ha confirmado el tiempo (esa indefinición que es el tiempo aliada con el olvido), es que los momentos del descubrimiento infantil, sumados a otros similares que irían llegando, hicieron vibrar una fibra que aún hoy vibra en mí y que se nutre de las promesas de seguir por el resto de mis días vibrando. Haciéndome vibrar... ■